

EL ECO DE LA VETERINARIA.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

REDACTADO POR

D. Miguel Vinas y Martí, D. Juan Teller Vico y D. Leoncio S. Gallego.

SE PUBLICA TRES VECES AL MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, por un mes, 3 rs.; por tres id. 8. En provincias, por tres id. 40. Ultramar y extranjero, por un año, 50.—PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: En la Redaccion, calle de Colon, número 12, cuarto, cuarto; en la librería de Cuesta ó en la de Bailly-Bailliere, y en la litografía de Mejía, calle de Atocha, núm. 62.—En provincias en casa de los correspondientes en los puntos en que los hay, ó girando letra sobre correos a favor del Administrador, D. L. F. Gallego, en carta franca.

ADVERTENCIA.

Primera. Siendo D. José Maria Hidalgo uno de los profesores que voluntariamente se obligaron a compartir con nosotros las pérdidas que en la publicación de obras experimentásemos, antes de proyectarse la Asociación, se participa a los señores Socios que ha sido incluido como tal, efecto de una mala interpretación en las instrucciones que nos rigen.—El Sr. Hidalgo queda, pues, en el concepto de suscriptor, con el objeto que antes de la Asociación se había propuesto en union con nosotros.

Segunda. El Socio D. José Tomás Escribano, ha dejado de serlo.—Se ha publicado inadvertidamente, por duplicado el nombre de D. Manuel Blas y Ara. Socio interesado por una accion.

Tercera. Para dar una muestra de gratitud a la Profesión veterinaria que con sus adhesiones, tan honrosamente ha acogido nuestro Proyecto de Asociación, hemos resuelto hacer esta extensiva hasta 225 acciones. Más no es posible, porque limita el número de Socios la tirada de 4.000 ejemplares que se ha hecho de las entregas primera y segunda del Diccionario.—Son, además de los publicados, Socios los señores

D. Dionisio Larrea.

D. Ignacio Sorondo.

D. Leonardo Jimenez.

D. Endaldo Mensa.

D. Joaquín Cassá.

D. Vicente Carrillo.

D. Cayetano Asuar.

D. Pedro Pastor.

D. Manuel San Roman.

D. Ildefonso Leon.

D. Julian Soto.

D. Pedro de la Peña.

D. Ramon Maria Bernardez.

Cuarta. Este año no damos indice de las materias contenidas en El Eco. Los trastornos políticos

de que, particularmente, Madrid ha sido teatro, y las vicisitudes por que toda la España ha pasado, a causa de la existencia del colera, han motivado varias interrupciones en la marcha que debieron llevar ciertos escritos empezados a publicar en el periódico: así, que forzosamente han tenido que quedar incompletos el bonito trabajo Sobre las castoración de las vacas, el Tratado de mecánica animal, la Memoria sobre la mejora de los caballos de nuestro ejército, y acaso algun otro, que no recordamos. Ocioso sería decir que no debe darse un indice de materias publicadas solo en parte; pero al hacer esta manifestacion justa a nuestros suscritores, les prometemos evitar este inconveniente en el año próximo; en el cual serán tambien recompensados del número que en julio último hemos dejado de entregarles.

UNA LLAMADA A LOS VETERINARIOS Y UN RECUERDO A LA COMISION DE ARREGLO ACADEMICO

La situación actual de la Veterinaria y la apatía con que, al parecer, se miran ciertas cuestiones de interés vital para sus profesores nos inducen a entrar en reflexiones serias y a desgarrar de una vez para siempre el tupido velo con que ocultan su hipocresía los prohombres de nuestra facultad, aquellos hombres que, en su decir, cifran todos sus afanes y desvelos en el porvenir de la ciencia y en nuestro bienestar; pero cuyas obras desmienten muy altamente sus dichos, que, pronunciados de un modo solemne, podrian considerarse como verdaderas profesiones de fe, si es que pudiésemos suponerlos con tal virtud.—Si, si; despues de la cuestion académica tan resueltamente agitada co-

mo heroicamente combatida por toda la clase en general, y despues de la revolucion de julio, de la cual nos prometiamos grandes ventajas, forzoso es decirlo, la actual posicion de nuestra facultad está falseada por la adulacion y el servilismo, que en todos tiempos, épocas y circunstancias han estendido el monopolio en el estadio del poder y en el seno mismo de nuestra clase. Es, pues, necesario y muy urgente que despertemos de nuevo, y que cual en los meses de marzo y abril demos altas pruebas de nuestro amor profesional, y que unidos compactamente nos aprestemos á luchar y á vencer á nuestros enemigos, arrollándolos con las fuerzas de nuestros argumentos, de nuestras razones, de nuestras verdades. Para ello es preciso echar mano de todas armas, celar de lejos y de cerca para herir conforme nos hieran, y evitar toda emboscada, único medio del arte bélico que conocen nuestros adversarios.

Esta sencilla introduccion podrá parecer ilusoria y fantástica á algunos, pero ella es la verdad clara aunque triste de nuestra actual existencia.—Analícemos.—Despues de un período de largos años alzóse como despertando de un profundo sueño la clase veterinaria, ávida de ser, de nueva vida: la voz de *reunámonos en sociedad* con bases opresoras lanzada por el Boletín, al promover la indignacion general, fué el grito de alarma que, poniendo en expectativa á los profesores de convicciones y conciencia propia, reunió bajo el pabellon de Academia enarbolado por *El Eco* á los veterinarios conocedores de sus verdaderos intereses. Allí en franca discusion, con entusiasmo y energía se formularon los estatutos, se estampó la ley que debia regirnos: entonces, mal de su grado, hubieron de transigir con nuestras ideas independientes, con nuestros pensamientos de igualdad, los que en un principio quisieron ser dictadores, verdaderos autócratas de la Veterinaria; pero de esa transaccion, de esa fusion de corporaciones que se estableció cuando la clase se hallaba animada de los mas rectos y puros sentimientos, qué resultados se han obtenido? No otros que el desalentar á los mas briosos profesores cuando contemplan el silencio á que se ha entregado la comision que se nombró, mientras que por otra parte los turroneiros, los hombres de todas las situaciones se ocupan con perjuicio de nuestros intereses en adular al gobierno, pintándole con sombríos colores la esencia de nuestras aspiraciones, que no son mas ni menos que las dictadas por la justicia y reclamadas por la misma economía del país.

Esta posicion es demasiado anómala; y neces-

sario es que la abandonemos. Nunca en mejor ocasion que esta pudiéramos prometernos ventajas de una institucion académica, ni nunca como ahora seria tan conducente formular un proyecto de arreglo que equiparase nuestros servicios con nuestras remuneraciones y consideracion, ya que el gobierno constituido piensa someter á la aprobacion de las Cortes, al mismo tiempo que un plan general de Instruccion, un proyecto de Reglamento para todas las facultades y carreras. Si nos mostramos ahora indiferentes, si cejamos en nuestra grave tarea, nada esperemos ni del Gobierno ni de las Cortes, ni mucho menos de nuestros representantes; herrar, tan solo será nuestro destino; agotar sin provecho nuestra única mision. ¿puede ser posible que permanezcamos por mas tiempo de este modo?—No, no, levántanse diciendo con esta forzada voz centenares de profesores, olvidados de todo el mundo en tristes y miserables aldeas; no, una y mil veces repiten con entereza los verdaderos entusiastas por la causa de la Veterinaria: llámese á la Comision, interróguesela, extíjasele explicaciones sobre su apatía y desinterés por la suspirada institucion académica; y cuando nos haya dicho de un modo esplicito, que semejante institucion es inconveniente, que su interés por ella fué interés del momento tan solo; entonces nos reuniremos de nuevo para probar su conveniencia, para interesarnos debidamente por ella, cimentarla y sostenerla.

No intentaremos probar en este momento las ventajas que de una Asociación facultativa obtendríamos así ahora como en todos tiempos, sino demostrar los males que por falta de ese elemento nos amenazan. Si existiera una corporacion facultativa en cuyo seno se agitaran las cuestiones de interés científico-profesional ¿es posible que se oyeran allí las insustanciales ideas de esos mal enmascarados autores C. y S., abortadas en C. de la R. ó en donde quieran, pues que por mas que se oculten siempre dejan entrever la punta de la oreja como el asno de la fábula? Se atreverian á proferir ante una asamblea científico-veterinaria que el esplendor de esta es debido al arte de herrar, que sin este no hay ciencia, que los profesores sin su conocimiento solo lo son á medias ó á cuarterones; y que los verdaderos veterinarios serán siempre los que pasen su vida al pie de la fragua y sobre el yunque, súcios y descenidos, sin tomar mas alimento que carbon, á guisa de máquina de vapor, ni mas bebida que el sudor de su rostro?—No, no se atreverian, porque de hacerlo, sus palabras se convirtieran en verdaderos insultos contra los mismos á quienes se pretenda incensar.

¿Dónde están vuestras tiendas, donde las impresiones, del martillo y las tenazas, donde vuestro arte de prestidigitación que tan alto os han colocado? acudirían resclamando muchísimos profesores, negros y encallecidas las manos, tostado y encendido el rostro como espíritus infernales — ¡Ah! ¿son esos magníficos salones vuestras tiendas? ¿vuestros fogones de fragua, esas lindas y elegantes chimeneas? ¿vuestro yunque y vuestras herramientas, ese todo metalizado, ese precioso filón tan hábilmente explotado, son esas excelentes obras originales, traducidas, copiadas, adicionadas, etc., etc.? Acordaos de cuando machacabais sobre el yunque, de cuando vuestras habilidades estaban á la órden del día y comparad... pero no, no compareis; yo os cedo desde ahora una numerosa clientela para que podáis en vuestra férrea condición trabajar sin descanso en vuestro provecho y en beneficio de la ciencia que os immortalizará, endosándome tan solo en cambio vuestras pensiones y con ellas vuestras tareas. No soy exigente, Sres. C. y S., y os reservo además la gloria por que tanto suspiráis, es poco sacrificio abjurar de mi gloria sin límites! pues yo lo hago, y espero que los Sres. P. G. y S. desde C. de la R. aceptarán el cambio que les propongo en bien de la ciencia y para su mayor honra y gloria por los siglos de los siglos.

Otro día nos ocuparemos con mas estension de tan interesante parte de nuestra facultad; pero entretanto, compañeros, ayudadnos á organizar la Academia cuanto antes; y una vez constituida y en el pleno de sus funciones, ilustremos en su seno mutuamente y ayudados con nuestras moderadas y justas pretensiones á donde sea necesario; y lo no hay justicia para nosotros, ó nuestra causa se coronará de un feliz y saludable resultado!

M. V. y M.

REMITIDOS.

OPINION IMPARCIAL SOBRE EL HERRADOR.

Tiempo hace, que de vez en cuando se ve aparecer en *El Eco de la Veterinaria* la cuestion de si el herrador debe ir unido á la parte científica de la facultad, ó debe haber dos clases de profesores, unos médico-veterinarios, otros herradores esclusivamente. Y ya que esta cuestion ha llegado á adquirir proporciones respetables, voy á emitir mi dictamen incompetente, si se quiere, pero imparcial en el asunto.

Desde muy antiguo se viene sintiendo los efectos perniciosos que la herradura ejerce sobre la ciencia, y en todas épocas ha habido profesores que han lamentado el que una ciencia como la Veterinaria, sea postergada á una porcion de hierros bajo la forma de media luna, y

que se llama herradura: así es, que en el año 1822 don Manuel Cussac, en su discurso preliminar de elementos de Nosografía, dice: Confundido el arte de la herradura y el de la curacion de los animales, y depositados en unas mismas manos ambos oficios, se han envilecido los profesores, y se ha sumido el arte principal en el olvido. En aquellos tiempos ya se dejaba conocer que la herradura impedia el adelanto de la Veterinaria; y despues de 32 años que el señor Cussac indicó esto, nos vemos rodeados de las mismas dificultades para el desarrollo de la ciencia que profesamos; nos encontramos con que la herradura es el verdugo de la parte científica, que esta no puede prosperar interin tenga agregada la herradura, y como una planta que se halla rodeada de vegetales parásitos, que no la dejan crecer, la herradura se traga, absorbe la savia saludable que ha de desarrollar á la Veterinaria.

Es un hecho muy positivo y bien conocido de todos, los profesores, que el herrado perjudica altamente á la ciencia Veterinaria; y que mientras no se separen y sus profesores sean médicos veterinarios unos y herradores otros, la ciencia estará sometida al baldon ignominioso porque está pasando hace mucho tiempo. El herrado se antepone á los demás conocimientos científicos; los profesores en la generalidad se atienen á la utilidad que les proporciona este trabajo mecánico y material, abandonando el progreso científico, la agricultura, la zoonometología, etc., que son las que deben engrandecer la ciencia al; propio tiempo que los labradores sacasen el fruto posible de sus tareas campestres, dirigidos por medio de nuestros consejos científicos. Pero no sucede así, sino que, dedicados los profesores al herrado, descuidan el estudio, viniendo á ser con el tiempo prácticos sin reglas fijas, sin teoría alguna, que obran á la aventura sin conocimiento de causa ni efecto; reduciéndose toda su ciencia á clavar muchas herraduras al día. De aquí, una consecuencia que está muy en moda, y es, la asistencia gratis de los animales enfermos; pero con la estricta obligacion de ir á herrar en casa del maestro don N. N. Y esto, ¿no conocen dichos profesores que es un insulto á la ciencia? ¿Mas acaso los que obran de este modo saben lo que es la dignidad profesional? No, no lo saben; porque si comprendiesen lo que es la Veterinaria, y lo que la degradan con tal modo de proceder, seguro estoy de que no lo harían.

Del mal proceder de algunos profesores, y de que ellos mismos han hecho creer al vulgo, que el herrado es la parte mas esencial de la veterinaria, hay una idea general que nos favorece muy poco, y es que miden nuestros conocimientos científicos, por la mayor ó menor facilidad con que manejamos las tenazas y el martillo; de lo que resulta que en la mayor parte de poblaciones se prefiere generalmente el profesor herrador al que no lo es, aun cuando el último reuna mayores conocimientos científicos. El primero siempre les hace algo de favor en las curaciones, se familiariza mas con los criados de mulas, hay algunos que se mezclan con dichos criados en sus orgías bacanales, viniendo á rebajarse en tal extremo, que la sociedad los mira con desprecio; pero el segundo, por el contrario, quiere tener su honor y moral facultativa sin tacha alguna, se hace respetar haciendo ver que vale mucho mas que un herrador, exige sus honorarios cuando se le llama para que asista un animal enfermo, y por último, no se mezcla en bullicios que no sean decorosos á su clase; y todas estas circunstancias que acompañan al buen profesor, le son odiosas al vulgo, porque nunca las ha visto en los profesores que ellos acostumbraban á tratar, llegando á ser objeto de crítica, achacando que se quiere hacer valer mas de lo que se merece. Sucede sin embargo, con frecuencia que interin el profesor honrado camina por la senda de la virtud, otro compañero, que debia seguir el mismo ejemplo, acecha con vil intencion al primero, y aprovechándose de la ocasion, trata de llevarse la poca clientela que el otro tiene; valiéndose para ello de todos los medios imaginables; y ¿qué le quedalen tal caso al profesor pundonoroso? Sentir en lo mas profundo de su corazon el ser veterinario; porque, dicha la verdad, el ser profesor veterinario en los tiempos actuales no deja de

ser una grandísima desgracia. De modo, que no queda mas que seguir dos caminos; ó convertirse en profesor in-moral sin apego á la facultad que profesamos, ó decidirse por abandonarla de un todo.

Los profesores defensores acérrimos del herrado, que no miran el interés general del profesorado, sino los particulares, se escudan bajo un principio falso y de ningún valor, á saber: que el profesor que no sabe manejar bien la herramienta de herrar, es imposible pueda practicar con perfección y destreza ninguna operación del casco; pero se les puede contestar. ¿Qué todos los días se presentan operaciones del casco que practicar? No sucede á todos los profesores que, cuando tienen que operar en el casco, le dicen á su mancebo: prepárame ese casco de este ó el otro modo. ¿Luego en estos casos, el herrador puede hacer las veces de mancebo, y el profesor veterinario no tiene tanta necesidad como se cree de saber manejar la herramienta?

Si nos hemos de atener á poner herraduras, ¿para qué hacer gastar á nuestros padres un patrimonio, que tal vez no tienen, ó les ha costado trabajos penosos el conseguirlo? ¿Qué necesidad hay de darse males ratos, pasa sobresaltos y privaciones durante cinco años, si lo que nos enseñan en el colegio de nada nos sirve en nuestra práctica profesional? ¿Para qué esa carrera de cinco años, comprendiendo infinitud de paterias, que después nos sirven de estorbo? ¿Para qué ese número excesivo de catedráticos cuando con uno sólo que hubiese, que enseñase á herrar, era muy suficiente? Y creo que para llenar esta necesidad no se necesitaba que fuese ninguna notabilidad: pues solo con saber herrar bien y muy ligero, se cubrían las principales necesidades; y entonces el vulgo alabaría á nuestros herradores; nos quede duda alguna, compañeros, que los alabaría; ¡vaya! Un hombre que sabe herrar muy ligero, vale en el día mas que inútil; sabe mas que todos los veterinarios juntos, y que se le cuentan cosas mas...

Pero acaso conocéis, compañeros, que sería una medida acertada dejar uno ó dos catedráticos nada mas? No, no es conveniente. ¿Cómo dejar solo un catedrático en un colegio como la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid? ¿Y los demás qué iban á hacer? Tal vez me digáis, que se establecerían en las poblaciones. Pero ninguno querría herrar, y me pienso que comerían aletuyas porque de la facultad Veterinaria bien poco habrían de sacar... Dejemos esto aun lado, y veamos el modo de arreglarnos nosotros.

¿Qué medida podrá adoptarse para salir de la situación en que nos hallamos? La mejor medida que podremos elegir es la unión profesional: que seamos un solo individuo todo el profesorado, caminando de comun acuerdo por la senda de la virtud, del honor facultativo, y la moral: que cuando uno indique una medida conveniente á toda la clase, la apoyemos en masa, y de este modo vereis cómo muda la faz aniquiladora que presenta la desgraciada Veterinaria. Hagánsese respetar los profesores, haciendo ver que no son menos herradores, y tarde ó temprano triunfaremos; sí, triunfaremos, porque defendemos una causa justa. De lo contrario, si nos separamos cada uno de por sí, es imposible que salgamos del lodazal en que estamos sumidos. Unión, moral, orgullo facultativo, y paridad de ideas: son las enseñanzas que nos deben dirigir. Por último: voy á hacer una observación. Cuando algún profesor, defensor del herrado, lee un comunicado en contra de las herraduras, al momento esclama: «EL COMUNICANTE NO SABE HERRAR, y por eso hace tantos esfuerzos en favor de la separación.» Pero el comunicante de hoy es herrador, al tiempo que veterinario puro y amante de la ciencia que profesa.

Señores redactores; si creen de alguna utilidad estas líneas, pueden darles cabida en *El Eco*, á lo que quedará agradecido, este su compensor, suscriptor, y seguro servidor,

Un veterinario de primera clase.
El precedente remitido es anónimo hasta para la Redacción de *El Eco*: lo hemos recibido por el correo de provincias, sin firma responsable. — No obstante, al publicarlo con tales condiciones, claro

está que lo prohibamos. Mas para en lo sucesivo, rogamos á todos nuestros suscritores que, reservadamente, nos den un resguardo competente de cuanto remitan para su inserción en el periódico. Solo de este modo llenaremos sus deseos.

L. R.

Mis queridos amigos y apreciables compañeros, espero de vuestra benevolencia deis cabida á la siguiente observación en el periódico que con tanto celo y desinterés dirigís, de lo cual os estará siempre atento y reconocido vuestro amigo y compañero.

Pedro M. de Anguiano.

OBSERVACION

El día 17 de octubre de 1854 al hacer la visita por la mañana en el cuartel, me dijeron que un caballo se había partido la lengua. Creí al punto fuese una herida leve de las muchas que se presentan en este órgano, á consecuencia del bocado, por mordearse al comer, por los cuerpos extraños que están mezclados al pienso, etc. Inmediatamente mandé le sacasen para reconocerlo. Era un caballo entero de doce años, tres dedos y temperamento sanguíneo-nervioso. Salía alegre y arrojando por la boca abundante baba negruzca y sanguinolenta. Explorando la cavidad bucal con la escalerilla, pude observar que toda la mucosa perteneciente al frenillo y á la lengua, estaba negra como el carbon, la parte flotante de esta última había desaparecido, quedando únicamente algunos ligeros colgajos en las partes laterales de la porción fija, y últimamente en el frenillo dos tumefacciones negras, y un olor insoportable.

Pidiendo antecedentes al soldado que le cuidaba, me contestó que la tarde anterior estuvo en el ejercicio muy bien, por la noche comió su pienso como de costumbre, y por la mañana al ir á limpiarlo vió que echaba mucha baba y de mal olor.

Acto continuo, y sujeto convenientemente el animal, dedolé con un bisturi toda la porción gangrenada, hasta dejar limpia la parte; escarifique las tumefacciones del frenillo, y dispuse por el pronto, enjuagarle á menudo con una fuerte disolución de sal en vinagre. Se le separó de los demás, se le puso en el pesebre un cubo con agua y vinagre para que se remojase la boca cuando quisiera beber, y dieta absoluta forzosa, por incapacidad de comer y beber.

En este momento dignostiqué la enfermedad de Glos-a-trax, Ránula, Alevosa, Pústula maligna ó sea carbunco de la lengua, recordando que el principio de esta enfermedad pasa casi siempre desapercibido, porque su desarrollo es tan rápido que cuando somos llamados, ya se ha caído la parte flotante de la lengua; y esto es precisamente lo que ha pasado en este caso; y no se diga que ha habido descuido, pues todo el mundo sabe que, en el ejército así que un animal está triste, no come ó no bebe, se da parte y es socorrido en el acto.

Di parte al digno jefe del escuadrón de caso tan extraño, manifestándole su gravedad y el interés que tendría en poderle salvar: á lo cual me contestó que no tuviese reparo en gastar cuanto fuese necesario.

Marché á mi casa y consulté la patología de Rius y las Epizootias de Casas, y las dos obras confirmaban y apoyaban mi diagnóstico y pronóstico, describiendo los mismos síntomas que presentaba

el caballo en cuestion. Para su curacion aconsejan el ácido sulfúrico concentrado; pero teniendo dudas de que si le empleaba en este estado podria destruir todas las partes que tocara, y aumentar el daño, y si débil, no lograrse el objeto; me decidí por el amoniaco liquido, tocando las partes atacadas con un pincel, en la visita que hice por la tarde. Encontré al animal inquieto pero alegre, mirada fija y brillante, pulso pequeño y concentrado, respiracion normal, relinchando con frecuencia y arrojando gran cantidad de baba. No pudo beber del agua acidulada, ni de la que le mandé poner con harina, pues como le faltaba toda la parte flotante de la lengua, no podia formar émbolo para la succion. Lavatorios frecuentes con la solucion anterior y lavativas emolientes.

Día 2.º de enfermedad.—Inquietud suma, manoteos, saltos, coces, mordiscos a la pared; cuando oia dar de comer a los demás caballos, se enfurecia y relinchaba; ojos cada vez mas brillantes y saltos, ijares retraidos, pulso y respiracion como el dia anterior, baba menos abundante, blanca y espumosa; la parte fija de la lengua mas retraida, la tumefaccion disminuye y no hay tanta fetidez. Se volvió a empapar con amoniaco liquido.

Como soy novel en la profesion (sin embargo de haber visto muchos animales enfermos en los años que fui pensionado en la escuela superior) consulté a D. Juan Pascual único veterinario de esta poblacion, profesor muy instruido y con una práctica de mas de 40 años, y manifestando deseos de serme útil, fuimos juntos al cuartel por la tarde. Vimos al caballo muy agitado, no por el mal seguramente, sino por el hambre que sufría; y cualquiera que no supiese de antemano la enfermedad que le aquejaba (como la tenia oculta a la vista), hubiera dicho que estaba afectado de rabia, tal era la semejanza del quadro de sintomas que presentaba. Mordia las paredes, manoteaba sin cesar, tiraba repetidas coces al aire; su mirada era penetrante e inquieta, retraimiento excesivo de los ijares, y enflaquecia materialmente por momentos.

Mandé le diesen agua en blanco con una botella, y aunque con trabajo llegó a tomar como una azumbre. Quiso beber en el cubo del pesebre, pero al convencerse que no podia, se enfureció y lo tiro. Entré tanto el aspecto de la herida mejoraba, y la fetidez apenas era perceptible. D. José Pascual me indicó entonces el cloruro de cal disuelto en agua para lavarle la boca, por haberle experimentado con buen éxito en todas las heridas atónicas.

3.º Está mas tranquilo, enflaquece rápidamente pulso y respiracion débiles, baba blanca y espumosa, herida de color rosaceo. Cobré alguna esperanza de salvarle (si resistia la dieta tan rigurosa). Lavatorio con el cloruro por mañana y tarde. Alimento y lavativas con agua en blanco.

4.º Sigue lo mismo.

5.º Continúa el mismo estado, se suspende el cloruro por haber escoriado los labios. Lavatorio tónico-amargo.

6.º y 7.º La herida de muy buen aspecto, pero el animal poniéndose marasmódico por la falta de alimentos.

8.º Grande inquietud, ojos hundidos, pulso y respiracion sumamente débiles, ijares hundidos y encordados, vista débil, atolondramiento general, marcha vacilante y trémula. Se le hizo una gachuela y fué a comer con mucha actividad pero apenas tomó un bocado lo dejó caer sin poder tragar nada. Daba lástima ver al pobre animal, tener hambre y

alimentos, y no poder comer. Continúan las bebidas y lavativas harinosas, y el cocimiento amargo.

11.º Resistió hasta este día. Se anunció la muerte por temblores, enfriamiento de los extremos, lividez de las mucosas, pulso inapreciable, respiracion estertorosa. Para sostenerse de pie, tenia las manos separadas entre si, los pies próximos al centro de gravedad, la cabeza en el pesebre y el cuello en la delantera. Se le dieron friegas en las extremidades, y se le administró un cocimiento compuesto de centaurea, ajenos, vino, alcanfor y miel, pero inútil, porque ya no podia deglutir.

Al darle este brebaje se cayó a tierra. Hice presente al apreciable comandante del escuadron lo desesperado del caso, y mandó pegar un tiro al caballo.

En la autopsia, sólo noté en el organo gastrico y en su parte media, cerca de la abertura pilórica, una placa de una pulgada cuadrada de extension, de color rojo-negruzco y dislacerada la mucosa, que bien podia llamarse úlcera corrosiva o cancerosa. Todos los demás organos no presentaban cosa alguna de particular.

Reflexiones. No hemos espuesto las causas que han podido dar lugar al desarrollo del glox-antrax, si en realidad era esta la enfermedad que ha padecido el caballo objeto de esta observacion.

Puedo decir que su estado de carnes era satisfactorio, comia, bebia y ejecutaba su servicio perfectamente. Investiguemos desde mas atrás.

Habíamos venido de Granada hacia 10 dias, en donde permanecimos tres meses, y los caballos estuvieron bajo las influencias higienicas siguientes:

La paja no era de la mejor, algo quebradiza, enmohecida, muy sucia y de mal olor; el agua estaba cargada de sales y en abundancia del sulfato de magnesia, y la habitacion aunque buena por la circunstancia de haber mas animales de los que realmente cabian, era viciosa por formar una atmosfera muy caliente. El dia siete regresamos a esta poblacion, donde los caballos están aclimatados (por llevar cinco años de permanencia), y donde las condiciones de alimentos y bebidas, como las de topografia, habitaciones y demás, son las mejores para conservar a los animales en el estado mas satisfactorio.

Así es que en Granada estaban los caballos muy desmejorados, y lo mismo sucede siempre que están destacados. Cuando llegamos a Málaga, como venian los caballos estrechos (como suele decirse), se dispuso darles una empajada de alfalfa entre los piensos, la que comian muy bien. Un dia observe que estaba muy cargada de rocío y lo reprobé: poco después, se presentaron algunas ligeras indigestiones, y a los nueve se presentó el caso que ha dado margen a este mal trazado escrito.

Ahora bien: ¿ha sido el uso de la alfalfa el que ha desarrollado el carbunco o mas bien la economía estaba predisuelta y se ha presentado ahora por el cambio favorable que ha sufrido? En mi concepto, las causas predisponentes obraron en Granada, y aqui por el uso de la alfalfa y la bondad de los alimentos, obrando como causa ocasional, se ha manifestado el carbunco. Pero habiendo estado todos los animales sometidos a las mismas influencias, como es que se ha desarrollado en uno, solo? ¿Se dirá que estaba mas predisuelto? A esto se opone el ver que ni su edad, temperamento y estado de carnes, eran peores que los demás.

¿No podría ser tambien que me hubiera equivocado en el diagnóstico? Para esto hice el diferencial

de todas las enfermedades que tienen su asiento en la boca, y no es tan fácil confundirla. La caída rápida del órgano gustativo, su color negruzco y mas que todo el olor su *genérus* de la gangrena, no deja nada que desear para calificarlo de glox-anthrax.

Todavía mas. El carbunco descrito ha sido idiopático local ó esencial, ó mas bien sintomático procedente de una afeccion general? Cuestión es esta de suma importancia y no seré yo quien me atreva á decidirla.

En cuanto á las causas (aunque oscuras en la generalidad de los casos y para mí de poca ó ninguna importancia) están de parte de una afeccion general; pero atendiendo al aspecto que ha presentado el individuo, la sintomatología, tipo y marcha de la enfermedad induce á creer que era local.

En el primer caso pocas veces se presenta el carbunco aislado en un solo órgano, ni en un solo individuo, y casi nunca se triunfa de él. En el segundo, todo lo contrario, aparece solo, y muchas veces es curable. El animal de que se trata, no se ha salvado, pero puede asegurarse que del carbunco se curaba, y solo si por ocupar un sitio tan importante, é impedir la entrada de los alimentos y bebidas. En mi concepto, el caballo ha muerto de inanición, no pudo soportar la abstinencia absoluta; así lo comprueba el estado de marasmo en que murió y la inspeccion cadavérica.

Dejó trazada, en estas mal coordinadas líneas, la historia fiel del caso; espero de la benevolencia de los lectores, no vean en mi escrito mas que el acendrado entusiasmo que tengo por nuestra profesion, y no los errores á que todos estamos espuestos, y le doy publicidad por parecerme una cosa poco común.

Soy siempre vuestro fiel amigo y querido compañero P. M. A.

Escuadron de Africa, 3.º de cazadores. Málaga y noviembre 3 de 1854.

Ensayo monográfico sobre el torneo de las reses lanares, por Mr. Reinad etc. etc.

Observacion cuarta.—Carnero de doce meses, afectado del torneo.

SINTOMAS.—El animal está muy flaco; es indiferente á todo lo que le rodea; no toma alimentos mas que cuando se le aproximan á los labios; los mastica con una lentitud estremada. La cabeza está pesada, llevada hácia abajo; su marcha es vacilante, escitándole, va á la derecha y á la izquierda de una manera casi automática, sin evitar los obstáculos. La vista está casi abolida; el iris todavía es sensible á la luz. La sensibilidad general está poco marcada, pero no se sabe si este estado es la consecuencia de la lesion cerebral ó del enflaquecimiento en que se encuentra el carnero; la pituitaria era sensible á los agentes escitantes.

Los antecedentes sobre el estado anterior de la enfermedad faltan completamente.

AUTOPSIA. Examinando la capa superior del cerebro, nada podia hacer sospechar la presencia de un cenuro en su interior. Para encontrarle, fue necesario llegar hasta la cisura de Sylvio, á la derecha

y detras de la cual se le encontró descansando en la depresion ósea que aloja normalmente el lóbulo mastoideo. Formaba el suelo del ventrículo correspondiente y estaba revestido de una capa delgada de sustancia cerebral que, una vez levantada, dejó ver las alteraciones que la hidatida habia determinado. El lóbulo mastoideo, en sus partes anterior y esterna, estaba en parte destruido; lo mismo sucedia á la rama mas larga del tálamo olfatorio en el punto donde parece proceder de este lóbulo.

Por encima de la serosa del ventrículo derecho y en el ala derecha mesolobular la pulpa nerviosa ha perdido su bello color blanco normal y no constituye mas que una materia amorfa, de color amarillento, granulosa y de aspecto casi purulento; materia que se encuentra aun al rededor de la hidatida. El asiento del cenuro, situado fuera de los ventrículos, está ahuecado por el lado interno en el espesor del cuerpo estriado; del que las partes media y profunda se encuentran por esto mismo destruidas; del lado esterno y hácia adelante lo está en la capa cortical del cerebro, hácia arriba, en el mesocéfalo; hácia atras en el lóbulo mastoideo mismo.

Observacion quinta.—Oveja merina de edad de doce á catorce meses, afectada del torneo; cenuro considerable en el seno del cerebro, ningún movimiento circular de anuencia al exterior.

SINTOMAS (observados por M. GARREAU).—Como en todos los animales afectados de esta enfermedad al principio los sintomas son oscuros. Durante algun tiempo, la oveja presenta ese estado particular que no se puede definir sino diciendo que la res está PESADA; cuando se la saca del aprisco y se la escita lleva al instante la nariz al viento, la cabeza ligeramente inclinada á la derecha y separa los miembros anteriores; NO GIRA NI A LA DERECHA NI A LA IZQUIERDA.

Cerca de un mes despues de la observacion de estos primeros sintomas, la oveja perdió completamente la vista.

Durante los quince dias que precedieron á su muerte, el torneo, bajo la influencia de una escitacion exterior, se traducia por accesos muy dignos de observarse.

La res llevaba la cabeza hácia atras, vuelta sobre el cuello; los músculos de esta region estaban tensos como en el tetanos; retrocedia algunos pasos (dos ó tres) y caia al suelo; en esta posicion agitaba convulsivamente los miembros, semejante á un animal epiléptico.

Estos accesos se hacian notar hacia quince dias en la época en que la res fue sacrificada, para el consumo.

El enflaquecimiento ha coincidido con la aparicion de estos accesos, que eran de dia en dia mas y mas frecuentes.

AUTOPSIA.—El cenuro muy voluminoso y con cuadrilobulado, ocupaba una grande extensión. Desde las partes profundas del hemisferio derecho, donde parecía nacer, se extendía hasta el cerebelo; sin embargo, á pesar de este desenvolvimiento tan considerable, el tabique ventricular habia sido respetado por el trabajo destructor, que no habia interesado más que la sustancia exterior del lóbulo derecho. Todo al rededor de ella se encontraba esa materia granulosa amarillenta de que hemos hablado en la precedente observación.

Mas no se limitaban á esto los daños causados por el verme en los diferentes departamentos del encéfalo. El cuerpo estriado, fuertemente empujado hácia adelante, estaba reducido á una pequeña eminencia tuberculosa que venia á aplicarse sobre el infundibulum ventricular en el punto en que comunica con el tálamo obfatorio. La parte derecha del trigono cerebral, el cuerno de Ammon, el tálamo óptico del mismo lado, estaban unidos sobre sí mismos y de un volumen incomparablemente mas pequeño que el de los mismos órganos del lado opuesto; no se encontraban sin embargo alteraciones materiales como en el bajo-fondo del lóbulo mastoideo, donde parecía perderse el tercer lóbulo de la hidátida. Las paredes de este lóbulo, considerablemente adelgazadas, estaban aún formadas de una materia amorfa amarillenta, granulosa.

El cenuro salía del interior del cerebro propiamente dicho á favor de una abertura que presentaba la extremidad posterior del lóbulo derecho. Descansaba directamente sobre los tubérculos bigeminos derechos, los cuales no constituían más que dos pequeños abultamientos, apenas salientes, en el fondo de la grande hendidura encefálica. El cerebelo muy echado hácia atras en la fosa occipital, estaba deprimido en su superficie, su pedúnculo medio completamente destruido, y del lado interno la válvula de Vieussens habia desaparecido; de modo que el conducto intermediario y el cuarto ventrículo no formaban mas que una especie de surco profundo en el cual se amoldaba el cuarto lóbulo de la hidátida.

TERCERA CATEGORIA.

Observación primera.—*Carnero de edad de doce meses; torneo; cenuro en el cerebelo.*

El carnero de esta observación es notable por su vigor y su alegría; nada en él indica el menor estado enfermizo; toma con avidez los alimentos que le son presentados; su robustez es satisfactoria. Después de la comida se echa sobre el estérnon y rumia con la mayor facilidad.

Los aparatos de la respiración y circulación funcionan como en el estado de la mas perfecta salud.

Unicamente el espíritu del observador es afectado por la fisonomía del animal y el modo como se

efectúa la locomoción; la cabeza tiene en su expresión alguna cosa que denota un obstáculo al libre uso de las acciones sensoriales; al acercarse una persona estraña, el animal se retira espantado; su mirada es fija é inquieta. En estas circunstancias levanta la cabeza dirigiéndola hácia la derecha, y parece que la tiene invariablemente fija en la estremidad del cuello; las primeras articulaciones de este parecen inmóviles, soldadas entre sí; el conjunto del cuello está rigido, contraído, y forma una preyección saliente hácia el lado izquierdo.

El animal persiste en esta angustiosa postura, estudia todos los movimientos para huir lo mas pronto que pueda del objeto de su terror, pero esta huida es embarazosa, pesada, irregular; oscila sobre sus miembros como si estuviera bajo la acción de la embriaguez; su paso es vacilante, lleva el sello de una cierta tirantez, apenas los miembros traspasan el centro de gravedad.

En el reposo, en la tranquilidad del aprisco calcula la posición de los miembros para prevenir la caída que á cada instante es inminente; también, aun haciendo sus comidas, se le ve siempre separar los miembros á fin de ensanchar la base de sustentación.

Durante el decúbito, la cabeza sufre un balanceo continuo, análogo al que experimenta el anciano en la edad mas avanzada.

Si se le pone en libertad se observa una rigidez como tetánica de los miembros y del tronco; la cabeza está siempre levantada; el ojo, huraño, presenta un tinte azulado.

Parece existir una aberración de la vista; porque si experimentalmente se asusta al animal, no percibe los obstáculos que puede encontrar en su carrera y pega con la cabeza en la pared. Alguna vez los miembros anteriores no llegan bastante pronto por delante del centro de gravedad; cae y rueda por tierra agitándose circularmente. Bien pronto, se levanta y vuelve á tomar su marcha siempre irregular y como refrenada, con tendencia continua á inclinarse á la derecha.

La pupila, muy dilatada, está fija; parece totalmente desprovista de su propiedad contrátil, porque no varia mas bajo la influencia de los rayos solares que en la oscuridad mas completa.

La sensibilidad general, no parece embotada, es tan normal como en los demas animales sanos.

Como se vé, de todos los síntomas observados, el mas pronunciado consistia en la dirección de la cabeza hácia atras y su permanencia sobre el cuello, fenómenos que, durante la vida del individuo, el raciocinio referia á la presencia de una hidátida en la proximidad del cerebelo ó en las partes posteriores del cerebro propiamente dicho.

AUTOPSIA.—En la autopsia, la abertura del cráneo demostró la existencia de un cenuro en la trama misma del cerebelo; habia destruido una parte

del lóbulo medio del órgano, y debía, por su presencia en el cuarto ventrículo, que remplazaba, ejercer una presión bastante considerable sobre los cuerpos olivares y restiformes que forman la médula oblongada.

Observación segunda.—Oveja de raza merina; torneo; postura horizontal de la cabeza; cenuro en el cerebelo.

Cerca de cinco meses, después del nacimiento, esta res, que estaba de buen medro y que había estado siempre alegre y sana, llegó á hacerse muy perezosa; estaba pesada, floja, y se arrastraba lentamente detrás del rebaño. Al contrario de sus hábitos anteriores no corría hacia el aprisco cuando se llevaba el pienso. Cuando probaba seguir á las demás ovejas retardaba su marcha, detenida por un sacudimiento como nervioso, que agitaba todo su cuerpo; menos hábil que las ovejas del mismo rebaño, no comía tanto como ellas, y frecuentemente era arrojada del pesebre por mas que fuese la mejor bajo el aspecto de la talla y la mas vigorosa al mismo tiempo. Este estado, aunque hizo cada dia nuevos progresos, duró un mes próximamente; pero á contar desde esta época los síntomas del animal fueron bien diferentes de los primeros.

Lentitud excesiva; movimientos difíciles, dirigidos mas bien en línea recta que, en otro sentido; postura de la cabeza horizontal, aun en la marcha; movimientos automáticos de los ojos que giran lentamente en las órbita y en el sentido de la dirección del desviamiento del cuerpo. El animal que se mueve como si fuera de una sola pieza, queda quieto después de haber dado algunos pasos, y no parece poder salir de este estado mas que cuando se le haya llamado ó escitado de una manera cualquiera. El decubito es escesivamente raro. Cuando se trata de hacerla tomar un poco de alimento con la mano no los coge sino con dificultad, levanta penosamente la cabeza, y se sienta sobre los miembros posteriores sin regular; no hay giramiento.

Hacia el fin de la enfermedad y tres semanas próximamente antes de la muerte, la oveja permanece constantemente echada; existe una disminución marcada de la sensibilidad general.

AUTOPSIA.—Ha sido hecha por nuestro colega Mr. Clement. No hay ninguna lesión en los lóbulos del cerebro.

En el cerebelo se encuentra un verme vesicular del grosor de una avellana grande. Está atrofiada casi la totalidad de esta parte de la masa encefálica; la huella de la presión ejercida por el cenuro se hacia notar hasta sobre la prolongación raquídea.

NECROLOGIA.

M. RAINARD, antiguo profesor y director de la Escuela veterinaria de Lyon, ha muerto el 17 de octubre de 1854.

M. Rainard era uno de los decanos de la medicina veterinaria. Figuraba honrosamente en las filas de este pequeño número de hombres laboriosos y desinteresados que, en una época próxima á la creación de las Escuelas veterinarias, comprendieron los servicios que el país debía esperar de esta institución naciente. Como Chavert, como Huzard, como tantas otras notabilidades veterinarias que le sirvieron de ejemplo y de mo-

delo, M. Rainard se elevó, por la sola fuerza del trabajo y de la voluntad, desde la oscuridad de la fragua á una de las primeras posiciones en la gerarquía veterinaria. De simple obrero mariscal, y sin otros recursos que aquellos que sacaba en sus aspiraciones, en su amor al estudio y á la medicina veterinaria, su ciencia de predilección, llegó sucesivamente á profesor de patología, de clínica y director de la Escuela que, pocos años antes, le contaba en el número de sus discípulos mas distinguidos.

Recordar este origen, es hacer suficientemente el elogio del hombre que por su carácter á la vez sencillo, bueno y cortés, había sabido siempre conquistarse la estimación y afecto de sus discípulos, de sus profesores, y de todos los que tenían con él trato ó relaciones de intimidad.

M. Rainard es autor de un *Tratado de patología general* y de un *Tratado de partos*, obras clásicas y conocidas de todos los prácticos. Ha publicado, además, un gran número de Memorias, Observaciones y hechos clínicos, que ha consignado ya en el *Recueil*, ya en el *Journal de l'Ecole de Lyon*, ya tambien en los escritos remitidos por esta Escuela á la de Alfort. Estos diversos trabajos revelan el observador esclarecido y concienzudo, llevan todos el sello de una sana práctica.

El 19 de octubre, un numeroso cortejo acompañó á M. Rainard á su última morada. Un veterinario inglés, M. John Gamgee, á nombre de sus profesores de la Gran-Bretaña; M. Lecocq, director de la Escuela de Lyon; M. Rey, su discípulo y sucesor en la cátedra de clínica, recordaron en términos bien sentidos los títulos de M. Rainard á la afición de los veterinarios y de la Escuela de Lyon, á que perteneció toda su vida.

M. Rainard era caballero de la Legión de honor, miembro corresponsal de la Academia imperial de medicina, de la Sociedad imperial y central de medicina veterinaria, de la Sociedad imperial y central de agricultura, de las Sociedades de agricultura y de medicina de Lyon, etc. (*Recueil de Médecine vétérinaire.*)

La redacción de EL Eco, al tributar á tan eminente sabio el homenaje de veneración que le es debido, no puede menos de recordar á los profesores españoles, que este es el veterinario de quien EL BOLETIN se permitió hablar en un sentido indigno.—¡No es extraño! Váyase por cuando uno de sus redactores copiaba toscamente las obras de aquel grande hombre para engalanarse con innmerecidos títulos.

Imprenta de Antonio Martínez, calle de la Colegiata, antes del Burro, número 41.